

Donde la luz dibuja en la oscuridad

1

Soy una fiel creyente del efecto mariposa. Creo que pequeñas decisiones en tu vida podrían generar un gran cambio a largo plazo. Fue un concepto que estudié en un curso de Física avanzada el año pasado, en mi último año de instituto y amé el significado y las implicancias en la vida de las personas.

Aun así, no pensé que el mensaje de texto que recibí el sábado 21 de septiembre fuera a cambiar tanto mi vida. No de forma explosiva, sino que poco a poco. Día a día. Fue tan silencioso que no me di cuenta hasta varios meses después que ese mensaje de texto fue el que comenzó todo. Un mensaje parecido a muchos otros. Yo tomando la misma decisión de siempre cuando llegaban esos mensajes.

Fue un día como cualquier otro... Y al mismo tiempo fue el día que lo cambió todo.

2

Mi hermano mayor, Jax, me ha pedido un millón de veces el mismo favor. Que vaya a la casa central de la pandilla a la que pertenece -Los Toros- y cuide que los imbéciles de los novatos no la destruyan mientras hacen una fiesta. Casi como la niñera de un montón de chicos entre dieciséis y veinte años.

No es la mejor forma en la que pensé que podía pasar mi sábado, pero acepté por dos simples razones:

1. Jax ha hecho muchas cosas por mí. Lo mínimo es que yo haga algo pequeño por él.

2. Me pagan y el dinero extra siempre viene bien.

Siempre acepto, la verdad. El trabajo es simple. Solo tengo que cuidar que no hagan estupideces que llamen la atención de la policía en el mismo instante o en el futuro. Nunca he tenido que hacer gran cosa. Solo evitar que salgan gritando al barrio y que la música se mantenga a un volumen decente.

Así que fui. Como muchas veces antes y como muchas veces después. Pensé que iba a ser como otra fiesta aburrida de las que no logro disfrutar hace mucho tiempo. Pero algo sucedió esa noche.

Algo que no había pasado las noches anteriores. Algo que puso mi mundo al revés y lo cambió todo.

Venía en un cuerpo menudo y enojado mirando a su alrededor, sin importarle que era más que obvio que no pertenecía a ese lugar. Sin importarle que los demás la miraban como un bicho raro.

Sonreí. No entendí por qué hasta mucho después, pero fue la primera sonrisa sincera en mucho tiempo

3

Miro mi teléfono por enésima vez esta noche. Es la una de la mañana y Alice no me ha contestado ninguno de mis mensajes. Se supone que tenía que estar en casa hace más de una hora.

Si nuestro padre se entera...

No. No voy a dejar que nuestro padre se entere. Golpearía a Alice como lo ha hecho varias veces antes y sé que eso va a ser tan doloroso para ella como para mí. Eso es lo que pasa cuando una tiene una hermana gemela.

—Mierda, Alice. ¿Dónde estás? —susurro para mí misma.

Vuelvo a buscar nuestro chat. Veo su foto de perfil. No me veo en ella, a pesar de que somos gemelas idénticas. Tenemos la misma piel mate, los mismo ojos color pardo, la cara llena de pequeñas pecas alrededor de la nariz y las mejillas, pero Alice alisa su cabello y tiene las puntas teñidas de fucsia. Además, tiene un aro en la nariz. Yo no tengo nada de eso. Soy mucho más aburrida que ella, siempre ha sido así.

Alice es la gemela rebelde. La que siempre va en contra de nuestros padres, sin importarle las consecuencias. Es amiga de todos y, vaya donde vaya, es el alma de la fiesta. Todos la aman. Todos quieren estar cerca de ella. Yo soy diferente. Voy a la universidad, me gusta vestir simple y minimalista. Prefiero pasar mis noches estudiando economía o matemáticas en vez de ir de fiesta.

Soy aburrida, lo sé, pero no me importa. Sé que es lo que me sacará de aquí algún día.

Miro por la ventana y pienso que ese día está más cerca de lo que cualquiera diría. Solo tres años de universidad —si no repruebo ninguna materia— y buscaré el trabajo lo más lejos posible. Me llevaré a Alice lejos de nuestros padres y ya nunca más podrán hacernos daño. Seremos libres. Y Alice mejorará cuando no se vea en el radar tóxico de papá. Estoy segura.

Mientras mi mente divaga en el futuro ideal para Alice y para mí, siento que mi teléfono vibra en mi mano. Lo miro de inmediato, esperando ver un mensaje de Alice diciendo que ya viene, que lamenta el retraso, pero no. No es un mensaje de ella.

“Janice”, pienso. La mejor amiga de Alice. Una chica que estudió con nosotros y que es parte de una de las pandillas que nuestro barrio. No me agrada, pero tampoco es que pueda decirle a mi hermana que deje de juntarse con ella. Sé que no funcionaría.

El mensaje es simple. “Alice está borracha. Se quedó dormida y la llevaron a una habitación. Ven a buscarla”.

Me gustaría decir que es la primera vez que leo un mensaje así, pero estaría mintiendo. Alice tiene problemas con el alcohol y las drogas. Los ha tenido desde los dieciséis años o algo así. Es casi un milagro que terminara la escuela.

Sin pensarlo dos veces, tomo la misma decisión que siempre tomo cuando llega un mensaje así. Voy a tener que arrastrar a Alice como pueda para traerla a casa.

Es cansador tener que ir al rescate de mi hermana gemela cada vez que algo así pasa. Ella no se puede cuidar sola, nunca ha podido. Yo soy la que la ha mantenido con vida durante años. La misma Alice me lo confesó hace un par de noches cuando afirmaba su cabello para que no se le llenara de vómito luego de una fiesta con Janice.

Busco en el suelo de nuestra habitación las zapatillas más cómodas. Me calzo y abro la ventana para salir. Suena peligroso, pero Alice y yo somos expertas

en salir por nuestra ventana sin morir en el intento, considerando que estamos en un segundo piso.

Simplemente bajar la escalera y salir por la puerta principal no es una opción cuando es muy probable que nos encontremos con nuestro padre borracho en el camino, listo para darnos una paliza por cualquier excusa que se le ocurra.

Cuando piso el jardín delantero de mi casa, comienzo el trayecto de veinte minutos entre mi casa y la casa central de la pandilla Los Toros. Estoy completamente segura que ella está ahí.

Maldita Janice.

Entro a la casa y hay una fiesta en pleno apogeo. La casa está llena de pandilleros. Todos mostrando su tatuaje representativo de la pandilla... una T entre los cuernos de un toro. Todos más ebrios de lo que serían capaces de admitir.

Siento cómo mi corazón va a mil por hora. Estoy rodeada de personas que podrían acabar conmigo en un segundo, solo porque no les guste que esté invadiendo su fiesta. Son adolescentes y jóvenes, quizá fui a la escuela con mucho de ellos, pero no soy parte de su pandilla y nunca lo seré.

Todos me ven y fruncen el ceño. Finjo valentía mientras miro a mi alrededor buscando a mi hermana o a Janice. Camino entre la gente, mezclándome con el olor a marihuana y alcohol, buscando una cara familiar que pueda darme responderme dónde está mi hermana.

—¡Amara! —escucho un grito que dice mi nombre.

Giro y me encuentro con la cara de Janice. Está vestida con una falda y un top que no dejan mucho para la imaginación. Tiene una cerveza en la mano y me sonrío como si yo no le estuviera lanzando una mirada asesina en ese mismo instante.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunto, sin rodeos. No quiero hacer vida social con ella.

—Los chicos la llevaron a una habitación hace como media hora —dice con dificultad —Tendrás que subir a buscarla.

—¿La dejaste sola con un montón de chicos mientras está inconsciente? —le grito para hacerme escuchar por sobre la música —¿Qué clase de amiga eres?

—Ey, no voy a arruinar mi noche por tu hermana...

Va a decir algo más, pero me doy media vuelta y la dejo hablando sola. No pienso gastar mi tiempo en alguien como Janice. No puedo creer que mi hermana la considere su mejor amiga...

Subo las escaleras de la casa bajo la atenta mirada de varios pandilleros. Janice les dice algo y parecen quedar más tranquilos, pero de todas formas, no me quitan la mirada de encima hasta que desaparezco entre el pasillo de las habitaciones.

Lo primero que veo cuando llego al pasillo, es a un chico alto apoyado en el marco de la puerta de la habitación del fondo. Mira con expresión aburrida hacia el interior de la habitación mientras mantiene los brazos cruzados sobre su pecho. Apenas se ve. Está vestido de negro en un pasillo oscuro, pero llama mi atención de inmediato.

Y por supuesto que mi corazón comienza a latir a mil por hora cuando reconozco quién es.

Maddox Hayes. Hermano menor de Jax Hayes, uno de los líderes de la pandilla, aunque escuché que Maddox no es parte. Dos años mayor que yo, siempre misterioso, nunca sonríe y tiene ese aire de peligro que te atrae, aunque sabes que no deberías. Casi como un agujero negro, listo para absorberte si te acercas lo suficiente a él.

Y es mi compañero en mi clase de economía. Aunque dudo que me haya visto alguna vez en ella.

Trato de relajar mi corazón y camino rápidamente hacia Maddox. Entro a la habitación donde está él y me encuentro a Alice durmiendo tranquilamente en la cama.

Dejo de sentirme nerviosa de inmediato. El enojo se hace espacio en mí y siento como la sangre sube a mis mejillas mientras intento controlarme.

—¿Acaso no te da vergüenza? —le digo a Maddox, acercándome demasiado a él y apuntándolo con un dedo acusatorio—. ¿Mirando a una chica que no puede defenderse? ¿Crees que eso te hace muy hombre?